

postrar nuevamente los hombres ante nuestros semejantes, para adorar los desvaríos de sus delirantes cabezas, sus imposturas, sus llamadas leyes y reglamentos, cosas todas que, desnudadas de su vana elocuencia, de sus flores y dulzura de frases y voces, solo se ve en ellas licencia, liviandad, injusticia, avaricia desmedida, soberbia, impiedad, hiel y espinas? En una palabra, ¿hemos de volver á adorar á los cocodrilos de Egipto?... ¿nos hemos de volver á ver en la dura necesidad de ir á consultar á los sacerdotes de Ménfis, ó de peregrinar á la India, como hiciera Apolonio Teaneo¹, para que nos enseñen sus bracmanes, ó bien pasar á Babilonia á escuchar á los caldeos, ó á la Persia á los magos, á fin de ser instruidos en nuestros deberes, despues que hemos sido redimidos por Jesucristo y oido su consoladora y divina doctrina? ¿Hemos de sufrir que la filosofia nos reduzca á aquel estado de muerte, de ignominia, de embrutecimiento, de miseria y de desesperacion? O, hablando con mas propiedad, ¿hemos de ver desaparecer de entre nosotros la seguridad, la justicia, la libertad, la buena fe, la honradez y la compasion; y que ninguna ley, ningun

¹ Este filósofo hizo un gran viaje para conferenciar con los bracmanes de la India, y para ver de paso á los magos de la Persia.

derecho, ni de naturaleza ni de gentes, ni divino ni humano sea respetado? ¿Hemos de permitir se eche abajo la Cruz de nuestra redencion, salud y vida, y que se destruya cuanto la religion cristiana ha creado en favor de la humanidad?..... A este estado deplorable intenta reducirnos la llamada filosofia moderna con sus luces, sus leyes, sus proyectos, sus promesas, sus impiedades y sus locuras: ¡ay! ¡con cuánto dolor y amargura de mi alma lo anuncio!..... Vivamos, pues, advertidos y prevenidos contra tan sacrílega é impía trama; contra este insensato proyecto que tantos datos *públicos* y *particulares* de él tenemos: no cerremos los ojos á la luz, ni desoigamos las voces del deber y de nuestra conciencia; metamos la mano en nuestro pecho; preguntemos á nuestro corazon, á nuestra razon.... Ella, la filosofia, orgullosa, cuanto atrevida y feroz, al ver que todo lo domina, que todo lo llena, y que en todas partes manda y dirige, se cree segura de terminar su obra: ¡y llegado este caso? ¡oh Dios santo! ¡ay de aquellos que fieles á su religion y á su conciencia permanezcan firmes en sus juramentos y votos! ¡Ay de los reyes! ¡ay de la religion, de su culto y de sus ministros! ¡Ay de la sociedad!!! ¡Ojalá que mis temores fuesen infundados! El tiempo, acaso, en breve nos desengañará.

Terminemos esta tercera parte, puesto que ya estamos en el caso de apreciar lo que vale la religion cristiana para procurar y conservar la felicidad y libertad de las naciones; lo que éstas serian si les faltase su benéfica y vital influencia, y los muchos títulos por los que se merece el amor, la veneracion y gratitud de toda la naturaleza humana: y tambien para conocer y confesar, que sus enemigos los impíos destruyéndola, pretenden de hecho trastornar y destruir el orden social, el reposo y felicidad de los pueblos; pues faltándoles los auxilios tutelares y conservadores de la religion, se les constituye necesariamente bajo el reinado del odio, del terror, del luto y de la sangre; es decir, bajo el imperio de la violencia y del crimen, que lo es de la humana razon ó filosofia. Los hechos mas inconcusos, el raciocinio, la historia, las autoridades menos sospechosas en un asunto de tanta importancia para el hombre, y la esperiencia sobre todo, prueban ser esta la felicidad y la libertad con que se brinda á las naciones por los hijos de esa filosofia sin Dios, sin religion, sin ley, sin deberes, sin conciencia y sin patria. Sí, repitamos una y miles de veces: la razon humana con sus luces, sus leyes, su sabiduría, su desmedido orgullo y ambicion, y con su charlatanería sin límites, solo toca crear la anarquía, la

desolacion y todos los males; así como á la religion cristiana, con su moral pura, sus dogmas y preceptos santos y sus sábias leyes, el producir las buenas costumbres, las virtudes verdaderas, la paz y felicidad de los pueblos, la firmeza y moderacion de sus gefes, la dicha y contento del hombre y la vida de la sociedad....

He concluido estas toscas líneas, las que, si bien no tan cumplidamente como debiera, al menos he hecho por mi parte lo posible para llenar el objeto que me propusiera al escribirlas; que en verdad no ha sido otro, que el cumplir con un deber de conciencia; pues estamos en el caso, en los momentos, como dice un estimable escritor, de clamar á todos los fieles cristianos y sensatos ciudadanos de todos los pueblos y naciones, aquello que S. Pablo advertia á los colosenses: *Estad sobre aviso, no sea que alguno os engañe por la filosofia y vanos sofismas, segun los elementos del mundo, y no segun Jesucristo* ¹.

Yo debiera ahora resumir cuanto dejo enunciado en esta última y anteriores partes; y sobre todo, llamar la atencion ó comentar las palabras que la impía filosofia ha espresado por sus hijos y que

¹ Cap. 2, 8.

dejo citadas: empero este trabajo, así como el hacer las debidas y oportunas aplicaciones, es mas provechoso y útil cometerlo al cuidado del lector, el que por su propio interes, honor y gloria, debe cerciorarse; si el favor y disfavor con que lo engalana la filosofia, á saber, de haber nacido *bruto* pero *rey*; así como el *pacto social* y demas hechos y derechos que de aquella prerogativa natural y enajenable de *bruto rey* se siguen, son cosas ciertas é indisputables; ó por el contrario, todo es una quimera ridícula y funesta, bien que, agradable y lisonjera para los que quieren vivir como *brutos*, ó ser *reyes brutos*; inventada por los filósofos, azotes de la sociedad y verdugos del género humano, para embaucar y engañar, enloquecer y robar, mandar y destruir los pueblos, que es la trama ó proyecto que de la impía filosofia hemos denunciado. Proyecto terrible, que si bien está encadenado por el poder de los vigilantes gobiernos, sin embargo, de vez en cuando se revela su existencia con tentativas que hacen temblar á los tronos, gemir á la virtud y desconcertarse á la sociedad. ¡Cuántas veces, durante esta lucha sangrienta que nos devora y hunde, no hemos visto en varios puntos de esta desgraciada nacion, tremolar su esterminadora bandera, y sentido y llorado sus resultados espantosos,

sin que la fuerza del gobierno, ocupada acaso en otras atenciones, haya podido evitar sus estragos, matanzas y furores? ¡Ay! el velo con que algun tiempo estuvo oculto á la multitud se ha descorrido, y ya, todos, todos conocen, ó deben conocer, que su triunfo traeria en pos de sí la muerte de la sociedad. Estemos, pues, alerta.....

Debe tambien fijar el lector de la misma manera, y aun mas principalmente su detenida atencion, sobre la religion; el mas firme apoyo y resorte mas poderoso de la sociedad, y base de todos nuestros deberes, y que contiene, se supone la verdadera, los que tenemos para con Dios, á quien debemos nuestra existencia y de quien depende nuestra conservacion y nuestro destino eterno, y que son mas sagrados, importantes é inviolables, que los que tenemos para con nuestros semejantes y aun para con nosotros mismos; puesto que todos estos están fundados en aquellos como los primeros: *Tria sunt colenda maxime juvenibus, Dii, parentes, leges*¹. Penetrándose, ademas, que sin religion no se puede concebir la sociedad, pues sin ella no se conoce ni ley, ni conciencia, ni deberes; solo se concibe la anarquía, el caos; y que es necesario, indispensa-

1 Stobeeo.

ble, que el hombre esté asociado primero con Dios, para que pueda despues entrar en sociedad con sus semejantes; y por lo tanto, se convencerá que la religion es la antorcha que nos ilumina en los caminos de la vida, la que nos ilustra é instruye en nuestros deberes y nos conduce á la verdadera felicidad; siendo la base y fundamento de los Estados, y *el mas seguro garante de la honradez de los ciudadanos y de la pública felicidad*, como decia Sinesio; y que por lo mismo, aquellos llamados filósofos que la atacan y desprecian, los deberá mirar y tener, como Maquiavelo, *por unos hombres infames y detestables, destructores de reinos y de repúblicas, enemigos de las virtudes, de las letras y de todas las artes que honran al género humano y contribuyen á su prosperidad.*

Y por último, ¡ay amado lector! ¿qué cosa mas importante para el hombre? Si la religion consiste en adorar á Dios; en invocarle en nuestras necesidades y desgracias; en ofrecerle nuestros votos; en darle gracias por sus beneficios; en referir á Él la gloria de nuestros felices sucesos; en amarle como á nuestro primer principio y último fin; en santificar con este amor cuanto tenemos, cuanto hacemos y cuanto somos; y en fin, en hacer y obrar (para agradarle) segun su voluntad manifestada, porque

es justo y racional sea servido, no segun la voluntad de sus criaturas, sino segun la suya; á Él toca dar la ley, á las criaturas acatarla; así que, la libertad de creencia, así como la de culto su necesaria consecuencia, son cosas que condenan la razon, el buen sentido y nuestros deberes para con el Creador; y que solo pueden concebirse permitidas y mandadas en pueblos y gobiernos ateos. Es pues, por lo tanto, de absoluta necesidad, sí, de absoluta necesidad, seguir y abrazar alegremente la única religion verdadera que hay, que es la católica, apostólica romana, como indirectamente se ha probado por sus efectos, por la autoridad de sus mismos enemigos los impíos, y porque todo lo que á ella pertenece en sus dogmas, moral, culto y disciplina lleva impreso el sello de la divinidad; y por lo mismo, ella sola es la única que eselusivamente constituye, conserva y mejora la suerte de las naciones haciéndolas felices; estableciendo por todas partes el imperio de la justicia, la práctica de las virtudes y el goce de la verdadera libertad; cosas todas, que afianzando la guarda de los deberes que ligan á los hombres para su bien comunal, hacen feliz el destino de los Estados: sí, ella sola, como fuente de la verdadera ilustracion, de las luces, y de la libertad, es la que forma los verdaderos filó-

sofos, y los pacíficos, honrados, útiles y laboriosos ciudadanos.

“Y en efecto, los discípulos ó filósofos formados por el Evangelio, oímos decir á Caracciolo, son unos hombres casi divinos: no estiman sino á su alma: no tienen otro punto de vista que el Sér Supremo, del que esperan su felicidad. Disciernen el culto que se ha prescrito él mismo, y sometiéndose con docilidad á sus disposiciones, tienen horror á toda opinion sospechosa. Ciudadanos, amigos, padres, cristianos, lejos siempre de turbar los Estados por discursos ni por escritos, solamente anuncian el silencio, el respeto y la sumision: jamas se abre su boca sino para pronunciar la verdad; jamas su pluma se emancipa contra la religion, contra las costumbres, ni contra el prójimo: sublimes en sus pensamientos, simples en sus palabras, consigüentes en sus acciones, guardan una conducta que honra á la humanidad. No se les ve entrometerse, ni producirse, ni hacer gente: no se les oye ni quejarse, ni maldecir, ni altercar. La sabiduría es su gloria, el estudio sus delicias, la paz su tesoro, el cielo su ambicion, la buena conciencia su felicidad. Si la justicia los oprime, creen haberla merecido; si la calumnia los ultraja, se regocijan en su inocen-

cia; si la enfermedad los aflige, la reciben como un aviso de la dicha futura; temen menos al mundo que á sí mismos; menos al siglo que á la eternidad. Tampoco temen las revoluciones de los tiempos, ni los caprichos de la suerte; sin afectacion en sus máximas, sin ostentacion en sus obras, no parecen singulares, sino porque muestran su candor en medio de un mundo, que no tiene alguno.”

Aquí tenemos la pintura de un filósofo cristiano, ¿Son así, prudente lector, los que forma la moderna filosofía? No; no son así los que se forman en sus escuelas: “Estas solo forman, nos dice uno que las conoce bien, hombres voluptuosos, soberbios, impacientes, infieles, habladores, duros para con sus domésticos y vecinos, inútiles á sus amigos, rivales para todos, detenedores del trabajo de los pobres, avaros de sus cosas, y codiciosos de las ajenas; hombres que los intereses de la patria, de la majestad del soberano y la vida y ser de todos los hombres, se ordenen á su interes personal; y hombres, en fin, que á su lujo ó lujuria, quieren hacer venir todas las criaturas del universo, siendo cada uno de ellos el fin último de todas las cosas; estando de mas lo que no sirve á su contentamiento.”

Y bien, ¿qué podrán esperar, oh lector, los pueblos, cuyos destinos se encuentren en las manos de estos hombres, ó mas bien monstruos, que educa la impía filosofía? ¿Qué esperanzas podrán concebir de su grandeza, libertad, paz y felicidad? ¡Ay! ellos serán destruidos; pues la impiedad y los vicios y delitos que produce, atraen por necesidad todos los azotes de la ira del cielo; las catástrofes y desgracias que empobrecen, humillan, esclavizan y arruinan las naciones. Sí, los pueblos que sin religion y conducidos solo por el único móvil de sus intereses particulares y violentas pasiones, únicas garantías que ofrece la filosofía, se les verá de delito en delito, de abismo en abismo ser sepultados en las tenebrosas simas del crimen, de la anarquía y de la muerte; en la nada: cumpliéndose en este caso á la letra estas palabras de Isaías: "Sí, caerá un pueblo entero, hombre contra hombre, vecino contra vecino, y se tumultuarán el niño contra el viejo, la plebe contra los grandes, porque opusieron sus lenguas y sus invenciones contra Dios." Y en este espantoso estado, los pueblos consternados y moribundos, conocerán y confesarán: *Cuán mala y amarga cosa sea haber dejado al Señor su Dios, y sacudiendo el yugo de su temor: Jeremías.*

He concluido estas cortas líneas, vuelvo á repe-

tir; espero que el criterio y buen sentido del indulgente lector, suplirá lo que por necesidad se ha dejado al silencio: á su cargo queda su meditacion y cuidado de compararlas con lo que haya visto y vea; lo que hará igualmente con las que á seguida escribo, dirigidas á los filósofos, á los pueblos y á los reyes ó gefes de las naciones. Dichoso yo si ellas moviesen á algun sabio y celoso cristiano á tomarse el útil y precioso trabajo de presentar á los mortales el cuadro que en todos tiempos han presentado la religion cristiana y la fementida filosofía. El que movido de piedad, é inflamado de celo por los intereses verdaderos de la religion, del hombre y de la sociedad emprendiese esta importante obra, haria sin duda un grande beneficio á la humanidad. Y su autor, despues de escribir muchos y abultados volúmenes, concluiría, como yo lo hago, diciendo: Ved, pueblos, á la religion cristiana, por una parte, ennobleciendo á los hombres, y uniéndolos entre sí con los vínculos de amor como otros tantos hermanos, é instruyéndoles en sus verdaderos deberes religiosos y civiles. Observad á la filosofía, por otra, degradándolos, dividiéndolos é incitándolos á su destruccion y esterminio. Mirad á aquella poner en libertad á las naciones, organizándolas y dándoles estabilidad; produciendo su paz y su re-

poso; y á ésta por el contrario esclavizándolas, estraviándolas en su moral y deberes, trastornando sus leyes, sus instituciones, y la autoridad de sus gefes, para sumirlas en un abismo de calamidades y desgracias. ¡Qué contraste tan maravilloso! Ved, pues, á la religion siendo la vida de la sociedad, y á la filosofia su muerte. Elegid, oh pueblos, la vida ó la muerte, entre la religion cristiana y la filosofia: entre la obra de Dios, ó la de los hombres.

NOTA.

¿Quién sino la religion cristiana crea instituciones admirables donde la infancia encuentra educacion, la ancianidad y la orfandad vida y reposo, y los enfermos cuidados y consuelos? &c.

“Es cosa bien digna de estrañarse, dice el traductor del *Derecho eclesiástico* de Berardi, que toda la sabiduría de los antiguos legisladores no hubiese sido bastante para que la conmiseracion y humanidad, dirigidas á socorrer las necesidades de los menesterosos, les sugiriese el utilísimo pensamiento de erigir hospitales. Nada digo de un Solon y de un Licurgo. Solo me maravillo de que los romanos, un pueblo tan culto, tan político y tan sensible, no hubiesen discurrido este importante medio de ali-

viar la infelicidad de aquellos á quienes abandonó la fortuna, ó dejó afligidos el rigor de la desdicha, ya despojándolos de los bienes necesarios para su subsistencia, ya postrándolos en tierra con la violencia de una enfermedad, ya haciéndoles recibir su sér por un concepto ilegítimo y vulgívago, ya privándoles de sus mismos progenitores. Todos estos infortunios eran unos tristes objetos que no pudieron hallar total remedio en la jurisprudencia de los romanos, ni en la filosofia tan celebrada y aplaudida de sus sabios. Aquellos panes que desde cierto sitio repartian á los pobres sus dispensadores, eran corto auxilio á tantas miserias de infelices ciudadanos. Solamente una caridad sublime y heroica, que siempre fué el carácter propio de la Iglesia fundada por Jesucristo, pudo escogitar un arbitrio el mas proporcionado para subvenir á los verdaderos indigentes, y el mas eficaz para desterrar la mendicidad voluntaria.”